

**Adriana Kanzepolsky, *Un dibujo del mundo: extranjeros en Orígenes*
Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2004, 299 páginas.**

El interés por el análisis del papel de las revistas literarias y culturales en la constitución de los movimientos y de los campos culturales latinoamericanos es cada vez más significativo, al igual que las valiosas investigaciones realizadas en torno a ellas. La revista cubana *Orígenes* es una de las que ha generado destacados trabajos, como *Orígenes: la pobreza irradiante* de Jorge Luis Arcos, o el más reciente *El libro perdido de los origenistas* de Antonio José Ponte, ambos centrales para quienes se aproximan a esta revista y a la obra literaria de muchos de sus integrantes. *Orígenes. Revista de arte y literatura* focaliza su atención en el internacionalismo de las vanguardias, destina un lugar especial para las traducciones de autores europeos y norteamericanos, y teje lazos con otras revistas latinoamericanas con quienes comparte preocupaciones similares. Inicialmente fue dirigida por José Lezama Lima, José Rodríguez Feo, Mariano Rodríguez y Alfredo Lozano –estos dos últimos provenientes del mundo de la plástica. Esta conjunción de palabra e imagen marcará el camino emprendido por los hacedores de la revista, quienes explicitan desde el primer número su intención de no formular un programa. El cuarteto sobrevivirá hasta el número cinco. A partir del número seis serán Lezama Lima y Rodríguez Feo quienes continúen con la edición de *Orígenes*. La travesía iniciada por ambos finalizará en 1954 con el alejamiento de Rodríguez Feo.

La revista acoge mayoritariamente trabajos de Lezama Lima. Acompañan al maestro la poesía y la prosa de Cintio Vitier, Ángel Gaztelu, René Portocarrero, Virgilio Piñera, entre otros, aunque sustancialmente gira en torno de la obra de Lezama y sirve de “banco de prueba” para uno de los libros centrales del cubano: los capítulos de *Paradiso* se desgranarán en sus páginas número a número. Lezama Lima, a su vez, piensa la revista como el sitio en el que es posible, además de publicar esos textos que no encontraban espacio en periódicos o revistas, constituirse como grupo, como generación que respondiera a las demandas del momento.

Adriana Kanzepolsky analiza la presencia de escritores extranjeros en la revista cubana. El papel desempeñado por Rodríguez Feo, puente entre Cuba, Europa y Estados Unidos, es objeto de atención en tanto lo considera relevante para entender cómo *Orígenes* buscó ampliar sus fronteras. Junto a esta perspectiva, la autora despliega el modo que se leyó la revista y la relación establecida con los distintos universos: el español, el hispanoamericano, el norteamericano y el europeo, para cerrar con “Las flechas de su propia estela”, esto es, la conformación de los origenistas como grupo, la construcción de una tradición y –desde su perspectiva– la constitución de un espacio diferente para una sociedad aislada. El peso del análisis está centrado en la presencia de autores extranjeros; su distribución en los distintos capítulos señala el modo en que ha abordado esta cuestión central al considerar el ingreso de esas voces como universos que se diseminan en el interior de *Orígenes*. Por cierto, esto constituye un eje de discusión por demás importante para pensar cómo esta revista pretendió llenar los lugares que la insularidad y los problemas internos de la isla generaban en los escritores de ese tiempo.

El mundo español y su marca en la revista se analizan en profundidad, en especial, el papel cumplido por Juan Ramón Jiménez y su incidencia no sólo en *Orígenes* sino en las obras de algunos de sus escritores. Kanzepolsky atiende, además, a la presencia que tienen en la revista los debates generados en torno a cuestiones teóricas, como las referidas a la poesía pura y la gravitación de estas diferencias en la posterior separación de algunos integrantes del grupo. El tema es desarrollado con solidez y sin dudas constituye un aporte sustantivo, básicamente porque ofrece al lector múltiples puertas de ingreso para el análisis de estas cuestiones. Al mismo tiempo, explora el modo en que dialogan Lezama Lima y Jiménez, especialmente a través de la correspondencia, lo que constituye una fuente de información singular que le permite a la autora confirmar aspectos señalados en el minucioso análisis de los distintos números de la revista.

Kanzepolsky se ocupa de reconstruir el universo origenista y su vinculación con la modernidad internacional, trazando de modo productivo los contornos de las relaciones con otros campos culturales. En esta línea merece ser destacado el estudio sobre el modo en que *Orígenes* se relaciona con otras revistas y, en especial, el peso de los campos culturales mexicano y argentino, no sólo en el interior de la revista cubana sino con respecto a los escritores que participan de ella. En este sentido, el papel de *Sur*, *El hijo pródigo* y *El taller* es discutido por la autora. Son estos diálogos, a mi entender, uno de los aspectos fundamentales del trabajo de Kanzepolsky. Es interesante el efectuado entre *Sur* y *Orígenes*, en especial al considerar que la última se ve a sí misma como un proyecto superador. Esto constituye un aporte relevante, en particular si se tiene en cuenta que la relación entre ambas revistas se ha leído como un vínculo asimétrico, es decir, que se ha visto a *Sur* como fuente proveedora de novedades, de ingreso en un ámbito más amplio, y a sus responsables como figuras centrales para el proyecto origenista. La torsión

que hace la investigadora argentina orienta el papel de *Sur* hacia la apertura de un campo “en formación” que les daría “un margen de libertad mucho mayor” que el que ellos tenían con respecto a las “literaturas consagradas” (90). Esta consideración puede ser discutible –sobre todo si se piensa que algunos origenistas veían la revista argentina como proveedora de aires frescos–, pero no debe desatenderse pues se trata de una propuesta novedosa que permite revisar la bibliografía existente al respecto.

Los distintos cruces realizados por Kanzepolsky con los trabajos publicados en *Orígenes*, el crecimiento de algunos de sus integrantes y el alejamiento de otros permiten leer las tradiciones y visualizar de modo preciso las disputas de los grupos y de los escritores, como así también los movimientos realizados por Lezama Lima en su intento por no dejar a la vista de modo contundente su posicionamiento político. El otro aspecto central del trabajo se focaliza en la relación de los origenistas con el mundo francés, en especial con el surrealismo. Categóricamente la autora afirma que esta relación estuvo más próxima al rechazo que a verse a sí mismos como deudores de un movimiento efímero, prefiriendo consolidarse como “una resistencia frente al tiempo [...] como una permanencia” (254). Este enfoque es el que contribuye a entender la duración en el tiempo de una revista que, en rigor, era leída por muy pocos.

En el capítulo referido al universo europeo aborda el modo en que ingresan las traducciones y los ensayos en lengua inglesa y, una vez más, el papel desempeñado por Rodríguez Feo. Traducir se conforma en un eje relevante pues, como dice la autora, es el camino que les permite a los origenistas salir de un mundo cerrado para ingresar a otro en el que están presentes escritores con quienes se sienten compartiendo “valores similares a los suyos” y “haciendo caso omiso de lo que la moda de la época dictaba” (271).

Un dibujo del mundo: extranjeros en Orígenes es un libro de gran densidad y son variados los aportes de su autora. La amplitud del enfoque y de algunas hipótesis busca caracterizar la singularidad de la revista. Destaco en particular el referido al ingreso de las traducciones y de los autores extranjeros (especialmente los franceses y los ingleses) porque permite revisar la forma en que los cubanos se relacionaron con otros ámbitos culturales y porque entiendo que es aquí donde radica la novedad de la interpretación. En este libro se revisan estudios anteriores de modo meticuloso y –como sostiene Antonio José Ponte en la presentación– lee y “mira a *Orígenes* en un espejo”. En síntesis, procura ofrecer al lector una propuesta de relectura de esta revista que, habiendo nacido en el aislamiento, procuró acercarse al centro “con una modulación propia [haciendo] de lo cubano–americano un lugar de enunciación” (288).

El trabajo de Adriana Kanzepolsky es un luminoso ensayo que abre nuevos caminos de análisis y reflexión sobre esta publicación. El despliegue teórico, la ajustada bibliografía y la minuciosidad analítica hacen de *Un dibujo del mundo: extranjeros en Orígenes* un texto fundamental no sólo para comprender el papel que le cupo a la revista en su tiempo, sino también las relaciones que se tejieron en el campo cultural latinoamericano y el modo en que se fueron construyendo las nuevas genealogías.

María Pilar Vila